

## Más allá de la desinformación, por una crítica del sistema global de cultura

César Bolaño<sup>1</sup>

Universidade Federal de Sergipe (Brasil)

<https://orcid.org/0000-0001-5756-7049>

DOI: <https://doi.org/10.62174/rs.10031>

“No se trata entonces de un nuevo problema, sí tiene de original la velocidad y la dimensión de su impacto, cualitativamente diferente.”

Glenn Postolski

Este comentario está dedicado a la memoria de Glenn Postolski, fiel defensor de la causa de la comunicación democrática. La tesis aquí defendida es que el debate sobre la desinformación enmascara en gran medida el aspecto central de la problemática del control de la información por parte de los oligopolios de la comunicación y las plataformas digitales al servicio de los intereses hegemónicos del capital monopolista. Mi objetivo es replantear el problema desde una perspectiva materialista, haciendo hincapié en el fundamento clasista de la información de masas. Parto de la recuperación de dos trabajos recientes que cuestionan la perspectiva idealista actual en relación con los conceptos de desinformación y *lawfare* –tratados también por Postolski (2022), junto con otros conceptos no considerados aquí, como los de guerra híbrida y posverdad–, aunque, por comodidad, no los voy a tomar en detalle en los límites de esta nota, evitando citas y referencias.

La crítica a la idea de *lawfare* (Bolaño, 2024) se refiere al sentido común que la define como una especie de perversión del derecho, entendido como algo puramente abstracto, desconectado de las relaciones concretas, de las estructuras de poder y las contradicciones que forman la sociedad. En la perspectiva marxista del autor, por el contrario, se trata de una herramienta del propio derecho burgués, para ser utilizada en ciertos momentos críticos de la vida nacional por los agentes del derecho, institucionalmente constituidos, con el objetivo de preservar el *statu quo* a favor de la clase dominante, una alternativa, bajo ciertas condiciones, menos drástica que el golpe de Estado, de ruptura del orden establecido, investida de legalidad formal, al servicio del orden capitalista.

---

<sup>1</sup> El autor agradece a la *Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo* (FAPESP) por el apoyo al proyecto "Governança econômica das redes digitais" (projeto FAPESP nº 2021/06992-1).



El segundo texto (Bastos, Souza y Fusaro, 2023) critica el concepto de desinformación en la misma línea, señalando que no se trata de una disfuncionalidad en relación con una información pura, desligada de las contradicciones inherentes a la sociabilidad del capital, sino del funcionamiento del sistema de mediación social en un determinado momento crítico del capitalismo. Los autores se apoyan en Franz Neumann, quien entendió el nazismo como un proceso histórico sometido al principio de anomia, dominación directa y propaganda como función primordial del Estado, concluyendo que estas mismas determinaciones se presentan en el neoliberalismo con sus políticas de Estado mínimo, austeridad y la centralidad de la violencia estatal y la propaganda como instrumento central de gobierno.

El caso brasileño, del proceso de *lawfare* que desembocó en el golpe institucional de 2016, siguiendo un camino ya transitado por otros países latinoamericanos, de acuerdo con estrategias definidas a nivel continental por instituciones poderosas –incluyendo el gran capital internacional, bajo el mando del poder hegemónico, sectores políticos y judiciales internos, los grandes medios de comunicación, con la aprobación de las Fuerzas Armadas– es típico. Tanto el proceso golpista, que comenzó años antes, como todo lo que le sigue, incluidas las elecciones de 2018, están marcados por una fuerte acción de grupos organizados de ultraderecha que utilizan las redes sociales como instrumento de propaganda.

En total se trata de movimientos estratégicos de actores poderosos, articulados para enfrentar una situación crítica, en este caso, el despliegue de la crisis de 2008 que golpeó tardíamente a Brasil, a partir de 2011, provocando un fuerte descontento social, lo que abre una oportunidad para una acción desestabilizadora dirigida a un cambio radical en la coyuntura política y la reversión de las políticas vigentes en el período anterior. Pero para comprender el problema en todas sus dimensiones, es necesario remontarse a la crisis estructural del capital, iniciada en la década de 1970, y sus repercusiones en la estructura del Estado y en el sistema de mediación social.

De hecho, la propia reestructuración productiva, al llegar a los sectores convergentes de las telecomunicaciones, la comunicación y la informática, realiza las posibilidades abiertas por la revolución microelectrónica, proyectada por la cibernética y las teorías de la información, generando las condiciones para la reestructuración también de los mecanismos de publicidad y propaganda hasta entonces manejados por la vieja Industria Cultural, que pasará a formar parte de un sistema global de cultura más amplio, organizado en torno a Internet y en este momento controlado por las plataformas digitales. Así, las condiciones en las que se produce y circula información para las masas cambian en su totalidad, es decir, en las esferas económica, política y comunicacional.

La disfuncionalidad se presenta entonces como la incapacidad de regular a través de aquellos mecanismos que hasta hace poco garantizaban la



estabilidad del sistema y éste entra en crisis. Mientras no se establezcan otros mecanismos, para constituir un nuevo modo de regulación que garantice las condiciones mínimas de estabilidad económica y social, se presentarán en el horizonte de los actores con poder económico intentos de reconfiguración o ruptura. En estas condiciones, la desinformación se convierte en una necesidad vital del sistema, pero no se trata de una nueva categoría negativa, como si la comunicación anteriormente fuera siempre pura y verdadera, cuando sabemos que la información masiva es la máscara de la información de clase en el capitalismo monopolista (Bolaño, 2000), necesaria para la afirmación de la dominación en el plano ideológico.

El hecho llamativo del nuevo sistema global de cultura es la interactividad, un requisito sistémico en la configuración actual, tanto en lo que se refiere al modelo de financiación, vía publicidad, como en la nueva forma de operación de la propaganda, que abandona la perspectiva convencional, de universalidad de la comunicación pública, para adoptar también una lógica típicamente publicitaria, haciendo uso tanto de los mecanismos tradicionales de la comunicación de masas como de las formas algorítmicas de acción en las denominadas redes sociales. Como bien señalan los autores del segundo texto, vivimos actualmente uno de esos momentos límite en los que la contradicción se manifiesta en la apariencia del sistema como desinformación, pero de lo que se trata es de la lucha abierta entre diferentes clases y fracciones de clase en torno a la formulación de soluciones a la crisis.

La desinformación es, en este sentido, el nombre que los agentes con el poder de definir lo que es falso o verdadero dan a la información proveniente de los otros actores en disputa. Pero en la crisis se cuestiona la autoridad de estos mismos agentes, lo que abre espacio para reivindicaciones de validez de todo tipo de discursos, incluso los más estrambóticos, como hemos visto en los últimos años, detrás de los cuales, sin embargo, hay estrategias relacionadas con la lucha por el poder. Así, hemos sido testigos, en relación con el genocidio en la Franja de Gaza, de interpretaciones y estrategias negacionistas comunes, a nivel mundial, tanto en los medios de comunicación hegemónicos como en los de la ultraderecha activa en las redes sociales, aunque solo estos últimos son tratados como productores de desinformación, incluso en círculos de izquierda, mientras que los primeros son elevados, por los poderes fácticos, a la condición de guardianes de la supuesta información objetiva.

Algo semejante se observa en el momento en que escribo estas líneas, en el caso de la reacción a las elecciones presidenciales de 2024 en Venezuela, en que la extrema derecha, la derecha dicha tradicional, ambas neoliberales, e incluso importantes sectores de centroizquierda se unen a nivel internacional para tratar de descalificar los resultados oficiales, apoyando posiciones de los sectores ultraderechistas internos que acusan, sin ninguna prueba objetiva, al gobierno de un supuesto fraude. Frente a nuestros ojos se desarrolla un espectáculo protagonizado por actores institucionales, incluso un comité de la



ONU y, por supuesto, la OEA, gobiernos europeos y americanos, con el único objetivo de promover el cambio de gobierno que no se pudo hacer a través del voto. El espacio propio de esa pantomima son las redes sociales, pero especialmente las grandes empresas oligopolistas, incluidas las plataformas digitales, que dominan el campo de la comunicación a nivel mundial, y lo hacen de forma cada vez más totalitaria desde el inicio de la guerra de la OTAN contra Rusia en Ucrania.

Pero la verdad existe y es de máximo interés de la clase trabajadora. De hecho, también sabemos que la interactividad que facilitó la aparición de las redes sociales, a través de las cuales circulan las llamadas *fake news*, es una vieja demanda de los movimientos por la democratización de la comunicación. Si la izquierda en general no supo apropiarse de esa interactividad que nos ofrecía el desarrollo de las fuerzas productivas, si en el momento de la crisis fue apropiada por la extrema derecha, sería un error adicional aceptar los términos en que la derecha tradicional pretende plantear el problema de las disputas sobre la verdad histórica, tratándola como el resultado de una mera disputa de narrativas alimentadas, por un lado, por la ultraderecha con estrategias de desinformación y, por otro, por información objetiva, producida por profesionales imparciales al servicio de los grandes medios de comunicación.

Por el contrario, es necesario ir a la raíz del problema, denunciar el consenso neoliberal que unifica a la derecha y a la ultraderecha frente a las conquistas históricas de la clase trabajadora, como se vio de manera cristalina en Brasil en 2016 y en las posteriores políticas reformistas de los gobiernos de Temer y Bolsonaro, y plantear un cambio fundamental en las estructuras básicas del sistema global de cultura, a favor de la libertad de expresión y del derecho a la comunicación. En las condiciones de crisis y caos sistémico que estamos atravesando, en la medida en que, a nivel global, no se presenta una alternativa autónoma coherente por parte de las fuerzas de izquierda, toda disputa se presenta en el plano de la apariencia entre opciones estratégicas que no traspasan los límites definidos por los propios intereses generales del capital.

La opción radical sería, por supuesto, trasladar la disputa al nivel de las estructuras, es decir, de la crítica del sistema global de cultura en su conjunto –incluyendo las relaciones de competencia y colaboración entre los intereses de los grandes conglomerados de la Industria Cultural, hoy subsumidos en la economía de internet, y los de las plataformas digitales– teniendo en cuenta que la organización de la economía de internet bajo el mando de las grandes empresas de tecnología constituye un modelo de regulación global del sistema, fuertemente perjudicial para los intereses nacionales de los países periféricos.

El proyecto de un modelo alternativo de regulación debería partir, en el espíritu de la regulación de las telecomunicaciones, de la imposición del principio de neutralidad de red para las megaempresas que controlan el acceso público al



sistema y de la prohibición de todo tipo de impulso, *enlaces patrocinados*, venta de facilidades estratégicas para uso en procesos electorales, etcétera. La regulación de las plataformas a nivel nacional debe pensarse, como ya he tenido ocasión de defender en otros trabajos, desde la perspectiva de un proyecto de desarrollo nacional basado en la satisfacción de las necesidades urgentes de la población, lo que requiere una amplia autonomía cultural y soberanía, incluso en la gestión de los datos de población producidos en el territorio nacional (Bolaño y Zanghelini, 2024).

### Referencias bibliográficas

Bastos, M., Souza, R. y Fusaro, W. (2023). Beemote digital: confusão entre propaganda e publicidade nas plataformas de redes digitais como expressão da crise imanente das formas sociais. *Ecopós*, 26(2), 480-506.

Bolaño, C. (2000). *Indústria cultural, informação e capitalismo*. Hucitec.

Bolaño, C. y Zanghelini, F. (2024). Economía de datos ou soberania nacional? *Outras Palavras*. 31 de julio de 2024.

Bolaño, R. (2024). *Subjetividade jurídica e golpe: para uma crítica marxista do "lawfare"* [Monografía de conclusão do curso de Direito, Universidade Federal de Sergipe].

Postolski, G. (2022). Desafios de la democracia del siglo XXI: Noticias falsas y guerra híbrida. En *¿Quién cuenta la verdad? La información por otros medios*. Imago Mundi.

